



PONTIFICIA  
UNIVERSIDAD  
CATÓLICA  
DE CHILE

# Revista Trabajo Social

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

DICIEMBRE  
**79** | 20  
10

## ¿Cómo intervenir en los problemas de violencia y delincuencia juvenil?

El fracaso de los enfoques punitivos y las posibilidades del enfoque de la salud pública

RENÉ OLATE Y CHRISTOPHER SALAS-WRIGHT

## Un nuevo constructo para el peritaje del Trabajo Social:

los desafíos de una investigación/intervención fundamentada desde la propuesta teórica de Pierre Bourdieu

JUANA ARIAS Y VÍCTOR YAÑEZ

## Del control a la coordinación:

la intervención social como oferta

JOHANNA MADRIGAL

## Participación como espacio de deliberación:

desafíos para la política pública

VICTORIA RIVERA

## La disputa por la verdad de las cárceles chilenas:

prácticas penitenciarias desde el discurso de gendarmes

SANDRA REYES

## Paradojas del arribante en la ciudad:

proximidad e inclusión, dos conceptos para descifrar la política social en el municipio

ÁNGEL MARROQUÍN

## La violencia autoinfligida en jóvenes como mecanismo de silenciamiento de la palabra

BEATRIZ AGUIRRE

## Normas y valores en los argumentos de trabajadores sociales.

Indagaciones sobre el desarrollo moral en la profesión.

DAVID MARTÍNEZ

## Transparencia en las ONGs:

¿una condición unida a la legalidad o un acto voluntario?

JONATAN LEYTON



ESCUELA DE  
TRABAJO SOCIAL

# La violencia autoinfligida en jóvenes como mecanismo de silenciamiento de la palabra

## Youth selfinflicted violence as mean of silencing the word

**BEATRIZ AGUIRRE**

Beatriz Aguirre Pastén es magíster en Trabajo Social de la Pontificia Universidad Católica de Chile, actualmente se desempeña como docente de la Escuela de Trabajo Social de la Universidad Santo Tomás. Su dirección electrónica es [bpasten@santotomas.cl](mailto:bpasten@santotomas.cl)

### Resumen

El objetivo general de la investigación fue analizar un mecanismo de silenciamiento de la palabra a través de la violencia autoinfligida de jóvenes, instalando el supuesto de que el silencio, representado por la herida tras la autoagresión, se constituye en un primer mecanismo de reducción de la palabra y que la intervención social falla cuando ignora los aspectos simbólicos del fenómeno. Desde un enfoque cualitativo-interpretativo con perspectiva fenomenológica se buscó recuperar el peso de lo simbólico en las intervenciones sociales, conocer sus signos y construcción, identificando tres unidades de análisis centrales: los jóvenes, los profesionales y técnicos del mundo de la intervención directa y, el trabajador social en su rol de observador.

**Palabras claves.** *Intervención social, violencia autoinfligida, jóvenes.*

### Abstract

The general objective of the research was to analyze a mechanism that silences the word through self-inflicted violence in young populations, proposing the assumption that silence, represented by the wound after self-injury, constitutes a primary mechanism for reducing the word, and that social intervention fails when ignoring the symbolic aspects of the phenomenon. From a qualitative-interpretative approach, based on a phenomenological perspective the research searched for recovering the symbolic weight in the social intervention, acknowledging the its signs and structure, identifying three central units of analysis: the young people, professionals and technicians in the world of face to face intervention and, the social work in his/her role as observer.

**Key words.** *Social intervention, self-inflicted violence, youth.*

*"Cuando es verdadera, cuando nace de la necesidad de decir, a la voz humana no hay quien la pare. Si le niegan la boca, ella habla por las manos o por los ojos, o por los poros, o por donde sea. Porque todos, toditos, tenemos algo que decir a los demás, alguna cosa que merece ser por los demás celebrada o perdonada" (Eduardo Galeano. El libro de los abrazos).*

### Introducción

Puede resultar inexplicable e incluso bizarra la acción de autoinferirse cortes. Es posible que se crea, naturalmente, que este tipo de acto tiene una intencionalidad suicida a la base, que es un acto de manipulación o que es representativo de algún grupo en particular, por ejemplo una tribu urbana. Incluso puede relacionarse exclusivamente a los dominios explicativos de algunas disciplinas como la psicología o psiquiatría. Entonces, ¿cuál

es el rol de los trabajadores sociales en esa discusión? Si bien se cuenta con creciente evidencia teórica desde la práctica clínica, en Chile no contamos con aproximaciones desde el Trabajo Social hacia este fenómeno, lo que conlleva que las acciones que desarrolla la profesión definidas como intervención social, no abordan suficientemente los aspectos simbólicos de fenómenos de esta naturaleza y, por tanto, limita las posibilidades mismas de aproximación a esas manifestaciones. Por ello,

esta investigación se realiza como un ejercicio de búsqueda que nace de la reflexión del quehacer profesional del trabajador social; aquel particularmente desarrollado en el mundo de la intervención directa con niños, niñas y jóvenes en situación de vulneración de derechos desde donde emergen con cierta regularidad situaciones y relatos referidos a los jóvenes que se cortan<sup>1</sup>. De esta manera, pretende abordar la intervención social desarrollada por los trabajadores sociales frente a vivencias de violencia autoinfligida en jóvenes, hechos acompañados además de preguntas sobre su origen, significado, enfrentamiento, emociones de los participantes y de los observadores. Es así como la intuición y la vivencia profesional están en el punto de partida de la mirada crítica de este fenómeno y donde el quehacer profesional y la noción de intervención social en la base, comienzan a teñirse de sospecha.

El trabajo se divide entonces en cuatro partes. Se inicia con la aproximación teórica a la noción de intervención social, el fenómeno de la autoagresión, y la importancia de la palabra. Posteriormente, se presentan de los aspectos metodológicos que guían el estudio y la presentación de los principales resultados obtenidos tras el análisis de los textos, finalizando con la discusión de los hallazgos.

## Antecedentes teóricos

### *Una mirada a la noción de intervención social*

La concepción de intervención en lo social remite ineludiblemente al ideario de la Modernidad y su pensamiento. Recoge, por tanto, elementos de un orden social donde las cosas no son como deberían ser; un modelo de sociedad que, desde la perspectiva de Carballada (2002), está mediada desde sus orígenes por los modos en que cada época genera sus mecanismos e instrumentos para corregir aquellos perfiles de transgresión de una sociedad que pretende mantener su orden y, por tanto, su funcionamiento. De esta manera, la intervención en lo social y sus prácticas llevan consigo la idea de detectar la anormalidad y guiarla hacia los valores que consagra la razón moderna.

Desde allí, es que es posible encontrar múltiples marcos interpretativos para aproximarse a lo que se entenderá por intervención, que coinciden fundamentalmente en la idea de una actuación endógena

que busca un cambio en ese orden de alguna manera alterado. Matus (2003) señala que en una versión clásica, la intervención social se vincula casi automáticamente a la representación física del terreno, cuestión que deviene del protagonismo otorgado a la práctica como valor moderno. Coincidente con lo anterior, Corvalán (1997) agrega la idea de una acción organizada de un grupo de individuos frente a problemas sociales no resueltos por la sociedad con el objetivo de la transformación. Sánchez Vidal (1999) incorpora a esta acción el componente de la intencionalidad para cambiar una situación social que se valora como problemática. En tanto la intervención social se sitúa como una acción externa, el autor precisa distintas características y niveles de ejecución, por lo tanto, también de responsabilidades éticas concluyendo que la intervención social sería un acto ético.

A la luz de los postulados sistémicos luhmannianos, Mascareño (s.f) propone un giro interpretativo instalando la intervención como una estrategia de regulación de la realidad social donde se producen situaciones de asimetría. En esta línea, “la regulación solo podrá estar referida a complejidades, sea a la complejidad del sistema o la del entorno (por lo cual) el concepto de intervención como acto de regulación, debe redefinirse atendiendo a su capacidad de interpenetración de la complejidad sistémica o de coordinación de la complejidad del entorno” (Mascareño, s/f: 11)<sup>2</sup>.

Otro matiz de distinción está dado por la introducción de una mirada compleja y el análisis del contexto. Es así como el devenir de los tiempos, no solo interpela a generar mecanismos explicativos que van más allá de resguardar el riesgo de la anomia de una sociedad moderna que evidencia toda suerte de problemas sociales; sino que transita ineludiblemente hacia espacios simbólicos llenos de significados. En este sentido, Autès (1999) propone una resignificación de la práctica del Trabajo Social, señalando que se trata de una práctica simbólica, que no alude a un acto emblemático ni al binarismo entre lo simbólico y lo material, sino a instalar un tipo gramatical de intervención, que dé cuenta del potencial enunciativo de las prácticas. Por lo tanto, la intervención (práctica) desarrollada durante tanto tiempo puede dar paso a una intervención contemporánea que instale una mirada con potencial enunciativo.

1 *Lastimarse a propósito haciéndose cortes en alguna parte del cuerpo con un objeto lo suficientemente afilado para rasgar la piel y hacerla sangrar.*

2 *Para profundizar en los conceptos de regulación, evolución y cambio y complejidad, revisar la literatura de Niklas Luhmann (1984), Darío Rodríguez y Marcelo Arnold (1991), referida a la teoría de sistemas.*

Así por ejemplo, el abanico de dispositivos utilizados por la sociedad para que sus sujetos aprehendan los preceptos modernos están marcados por la intención de develar algo que se encuentra oculto y describirlo en profundidad, situando de esta manera al otro en objeto de observación, conocimiento, vigilancia y registro. Es así como un elemento fundacional de estos dispositivos de búsqueda serán los actos de lenguaje que permitirán dar un nombre a aquello que no lo tiene y dar cuenta de sus representaciones. En esa línea, Rovira y Dornell (1994) sitúan al lenguaje como nicho de las prácticas disciplinarias en el sentido que la disciplina mantiene una “identidad propia, caracterizada social e históricamente por significantes, mitos y ritos que organizan su mundo simbólico” (Rovira y Dornell, 1994: 1). Luego, lo simbólico emerge de discursividades y textos que es necesario aprehender desde una nueva hermenéutica.

Así, y en el marco de estas sucesivas aproximaciones a la noción de intervención, aparece la sospecha como ejercicio de develamiento de un sentido oculto que permitirá descifrar sus expresiones. Ello conduce a reflexionar sobre el lugar del lenguaje, la importancia de la palabra y el lugar del símbolo en esta otra forma de comprender las intervenciones sociales. Siguiendo a Ricoeur (2004), el símbolo entendido como expresión lingüística que requiere de interpretación y comprensión para descifrar símbolos. En ese doble sentido “expresa la mutación que experimenta una teoría de las categorías –espacio, tiempo, causa, número, etc.– cuando escapa a las limitaciones de una simple epistemología y pasa de una crítica de la razón a una crítica de la cultura” (Ricoeur, 2004: 12-14).

Situadas estas distinciones, se ponen en evidencia ciertos fenómenos, mientras que algunos quedan ocultos ante la mirada y se reproducen sin que se deje constancia de ello. A raíz de lo anterior, se propone la mirada a la violencia autoinfligida, particularmente aquella observable en los jóvenes<sup>3</sup>. En la actualidad es posible encontrarse con expresiones de este fenómeno en distintos dominios sociales, por lo tanto, es innegable que se trata de una realidad potencialmente observable y por conocer<sup>4</sup>.

En la misma línea de argumentación, la intervención social sobre este fenómeno se plantea en los

términos tradicionales ya reseñados y, por lo tanto, se sitúa como un mecanismo de doble reducción. La herida presenta una doble dimensión; la primera, evidente a la mirada, es la lesión física que se provoca en el cuerpo; la segunda, da cuenta de sus aspectos simbólicos que no son visibles. En este doble dominio, la herida se instituye en un primer nivel de silenciamiento de los sujetos que no tienen la posibilidad lingüística de poder expresar(se). Frente a lo anterior, la intervención social se constituye en un mecanismo de segundo orden que esconde los sentidos y significados de la herida. De este modo, y desde la perspectiva de la argumentación que aquí se propone, los trabajadores sociales realizan un acto de interpretación externo sobre los motivos por los cuales se recurre al corte, que si bien pueden servir de gatillantes no contempla dar la voz al joven respecto del sentido que la acción de cortarse tiene para él o ella.

#### *Autoagresión: cuando el cuerpo es telón de expresión*

La violencia, como entramado social y cultural, ha acompañado la historia de la humanidad y desde allí, es un fenómeno que ha sido observado desde diferentes lugares disciplinarios. La Asamblea Mundial de la Organización Mundial de la Salud (2002) consigna el fenómeno de la violencia como un “importante problema de salud pública en todo el mundo” (OMS, 2002: 2). En este marco, es la OMS la llamada a elaborar una tipología para la caracterización de las diferentes manifestaciones de la violencia, taxonomía que no es exhaustiva ni determinante del fenómeno, pero ayuda a situarlo. Aun cuando la violencia afecta a todos por igual, algunos grupos son considerados en condiciones de cierta desventaja social, dada su condición de especial vulnerabilidad. Es el caso de las y los jóvenes. Investigaciones señalan que la violencia es un problema creciente entre los adolescentes en todo el mundo y su exposición tiene efectos perversos en la salud mental y física de este colectivo (Pratt, 1999).

En particular, las formas de violencia autoinfligida como la automutilación, consisten en “la destrucción o alteración directa y deliberada de partes del cuerpo sin una intención suicida consciente” (OMS, 2002: 201). Dentro de esta tipología y siendo coherente con la complejidad del fenómeno de la

3 La noción de joven ha sido trabajada desde distintas ópticas disciplinarias como un constructo social moderno. Para profundizar, se sugiere revisar la lectura del fenómeno juvenil desde el PNUD, CIDPA, Sandoval, entre otros.

4 Es extensa la literatura sobre el fenómeno, grupos de counseling, blogs de jóvenes y páginas institucionales. El año 2006, el gobierno británico emitirá el informe Truth Hurts encargado a la Fundación Camelot de ese país. En Chile, la revista de Familias y Terapias del Instituto Chileno de Terapia Familiar (Año 16 N° 25) dedica dos artículos al tema desde la óptica de la psicoterapia.

violencia, es posible encontrar un espectro variado de miradas. Desde la psiquiatría, Walsh y Rosen (citado por Briere y Gil, 1998) definen estos comportamientos como la “conducta deliberada, que no amenaza la vida, pero que desfigura y lesiona el cuerpo de una manera no aceptada socialmente y es autoprovocada”. De acuerdo a estos autores, la evidencia de investigaciones y la práctica clínica sugieren que estas conductas se asocian a vivencias traumáticas en los individuos, como es el abandono o el abuso sexual y que tendrían una función adaptativa disminuyendo estados de ansiedad, recuerdos o estados de ánimo dolorosos o, como forma de superar emociones como la rabia, el vacío y la tristeza. Por otra parte, el Diccionario de Pánico y Trastornos de Ansiedad, define la automutilación como “cualquier acción en la que intencionalmente se cause daño físico a sí mismo. Pueden ser amarramientos, raspones, cortadas, quemaduras, etc., asociada al dolor emocional” (ASAP, s.f.). La literatura también menciona el fenómeno asociado al dolor como mecanismo de alarma natural y, por lo tanto, las personas que ejecutan estas conductas no tienen conciencia del dolor que les produce su acción destructiva. Por ello, las autoagresiones no tendrían asociada directamente a la intención de cometer suicidio (Arizona Adolescent Health Coalition, 2000). Favazza (1996) reconoce dentro de esta denominación conductas de automutilación grave, que incluye cegarse y la amputación por la propia víctima de dedos, manos, brazos, pies o genitales; la automutilación estereotípica, como por ejemplo golpearse la cabeza contra la pared, morderse, golpearse las manos o brazos, apretarse los ojos o la garganta y arrancarse los cabellos, y la automutilación superficial o moderada, como cortarse, arañarse o quemarse la piel, clavarse agujas o tirarse compulsivamente el pelo.

Dada la complejidad del tema y lo inexplorado del mismo, pudiera existir una tendencia a confundir el fenómeno descrito con otras manifestaciones que incluyen el cuerpo como telón de representatividad, expresión u obsesión, en el mismo escenario postmoderno en el que se ha contextualizado esta reflexión. Sin embargo, es necesario precisar que la violencia autoinfligida no deviene ni incluye necesariamente trastornos alimenticios como la bulimia, vigorexia y anorexia; prácticas de adorno y modificaciones corporales como tatuajes y *piercing* y/o cuadros definidos como trastornos clínicos que afectan la sexualidad como el masoquismo. Tampoco refiere a ritos de mortificación física, donde el dolor corporal es una forma de acercamiento a lo es-

piritual; u otro tipo de transformaciones corporales como perforaciones, deformaciones y mutilaciones reconocidas como antiguas prácticas estudiadas sociológicamente como fuente de placer mediante la cual el alma triunfa por sobre el cuerpo y como forma de expresión no verbal que entrega información sobre uno mismo (sobre el grupo al que pertenece, la edad, el sexo, el estatus y el rol social). Todos ellos, refieren a signos de distinción, marginalidad, pertenencia, embellecimiento y/o libertad y calificadas como transformaciones autoplásticas que no coinciden con el fenómeno sobre el cual refiere este escrito.

### *La importancia de la palabra*

El lenguaje es una forma de hacer aparecer al otro y dar cuenta de aquel y por medio del cual buscará conocer, comprender, interpretar los códigos por los cuales establece sus diálogos y, por lo tanto, permite la emergencia de aquellos mundos de significación. En esta línea, Canales (2002) refiere la reciprocidad de las nociones de habla y sentido. La consideración de aquella habla común en tanto acción cultural o subjetiva específica remite al poder y la libertad de los sujetos respecto de sus propias creaciones culturales y sociales, sus signos; esto es, a la autonomía del juicio y de la palabra. En esta línea, plantea la relación simultánea que se establecen con los signos: la relación de las palabras con el sujeto, la relación de las palabras con las cosas y la relación de la palabra con el otro.

Tres entradas se proponen para revisar este tema: a) La teoría de la acción comunicativa de Habermas, b) La biología del conocer de Maturana, y c) La semiótica de Fabbri. Los planteamientos habermasianos identifican que el lenguaje posee una función de apertura de mundo recordándonos que el telos propio de la sociedad se encuentra en el lenguaje humano, orientado al entendimiento. Todo acto de habla en este sentido contiene veracidad, verdad, sentido y corrección como criterios para que exista comunicación. De este modo, da cuenta de una racionalidad comunicativa que se construye en la multiplicidad de sus voces y es, por lo tanto argumentativa, que requiere de un posicionamiento epistemológico que no reduzca la razón a una racionalidad instrumental.

Así, la acción comunicativa hace referencia directa a la noción de entendimiento lingüístico, el cual es alcanzado entre sus participantes “que se mide por pretensiones de validez susceptibles de crítica. Las pretensiones de validez (verdad proposicional, rectitud normativa y veracidad expresiva) caracterizan

diversas categorías de un saber que se encarna en manifestaciones o emisiones simbólicas” (Habermas, 1987, p. 111).

Una segunda lectura posible, desde la biología del conocer, sitúa lo verdaderamente humano en la constitución del lenguaje “en el linaje homínido al que pertenecemos, en la conservación de un modo particular de vivir el entrelazamiento de lo emocional y lo racional que aparece expresado en nuestra habilidad de resolver nuestras diferencias emocionales y racionales conversando” (Maturana, 1995, p.84). Es en ese espacio donde el lenguaje se entiende como tal; luego las palabras se definirán como nodos de coordinaciones conductuales consensuales que incluyen todo tipo de símbolos y que nos determinan como seres vivos que participan en el lenguaje. Un elemento importante de lo anterior es que en virtud de que este lenguaje se da en la interacción con otros, sus participantes se implican mutuamente incluso en los cambios corporales y posturales, por tanto, las palabras no son inocuas y “no solo revelan nuestro pensar sino que proyectan el curso de nuestro quehacer” (Maturana, 1995, p. 87).

Finalmente, las consideraciones de Fabbri (1998) recogen de los aportes de los principales exponentes de la semiótica –Saussure y Pierce, por un lado, y Umberto Eco y Algirdas J. Greimas por otro– señalando que el lenguaje “es una especie de hojaldre muy complejo de elementos, de signos con un valor muy distinto hablando simultáneamente con dos sistemas de signos, uno digital y otro analógico” (Fabbri, 1998, p. 42-44) y dos niveles de organización: expresiva y de contenido. Ello se refiere a que “existe una organización de los contenidos lingüísticos, si se quiere de los conceptos, al margen del hecho que se interprete a través de una sustancia de la expresión. Lo cual significa que es posible que unas formas de signos distintas del lenguaje verbal sean capaces de organizar formas del contenido, o significantes, que el lenguaje verbal no es necesariamente capaz de transmitir” (Fabbri, 1998, p. 43-44).

En síntesis, no solo el mundo es potencialmente expresable mediante palabras, el mundo de significación es mucho más amplio que lo lingüísticamente es posible de describir. De lo anterior, se deriva el objeto de la semiótica: transformar el sentido en significación pensando que el significado puede dividirse en dos categorías que se definen

entre sí, es decir, materia y sustancia. Esta línea lleva a comprender que la significación combina más que palabras; incluye actores y la combinación de acciones y pasiones vistas desde su contenido (o semántica) o desde sus formas expresivas (gestuales, verbales, etc.). Así cumple una función configurante con respecto a un determinado relato, remitiendo de inmediato a cierto significado.

Deriva de lo anterior, la idea de los signos no-lingüísticos –como es el lenguaje de signos o señas– para lo cual invoca a las hipótesis del nacimiento del lenguaje respecto de su emergencia a partir de gestos para posteriormente transformarse en lenguaje fonético y, como capacidad innata del ser humano y desarrollada en sí misma como tal. Por otro lado, la referencia fenomenológica al cuerpo y las implicancias físicas del signo. En este sentido, Fabbri (1998) señala que “la emoción tiene algo de gestual y de icónico, o sea, en cierta medida, de visible y continuo” (Fabri, 1998, p. 68) y remite a la idea fenomenológica de Merleau-Ponty (1985), del cuerpo, entendido como expresión y como palabra.

### Aspectos metodológicos

La información que se presenta fue recogida por medio de técnicas biográficas (historias de vida)<sup>5</sup> que recuperaron las narrativas de un grupo de seis jóvenes (hombres y mujeres) entre los 13 y 17 años de edad, pertenecientes a un sistema residencial de protección y pacientes de una consulta privada. Estos fueron seleccionados por medio de un muestreo cualitativo de tipo estructural que contempló como criterio, la vivencia de al menos un episodio de autoagresión. Dentro de los participantes se incluyeron además, técnicos y profesionales a cargo de procesos de intervención directa con jóvenes con distintas posiciones dentro del proceso de intervención (educadora de trato directo, monitor social, psicólogo), quienes participaron de entrevistas en profundidad de carácter individual. Finalmente, un trabajador social que cuestionó la propia intervención en el horizonte de interpretar sentidos y significados del fenómeno para los distintos actores involucrados.

Con la información recogida se trabajó con el método de clasificación propuesto por Martinic (1987) que permitió la construcción de categorías derivadas de los relatos de los participantes. Tras cada entrevista, se realizó la transcripción de la misma,

5 Como complemento se utilizaron además imágenes de *Cuerpos Pintados*, proyecto artístico del fotógrafo chileno Roberto Edwards como medio para provocar la elaboración de la corporalidad en los jóvenes.

su revisión y complementación con otros materiales de información tales como informes psicosociales y/o psicológicos si fue considerado necesario.

Con ese material convertido en texto, se realizó una clasificación que permitió la identificación de las categorías-ejes más relevantes de la información. Como complemento de lo anterior, se utilizó el Método de Semántica Estructural, propuesto por A. Greimas (1971) y cuyos principales aportes devienen de la lingüística estructural de Saussure. Esta propuesta de análisis permitió ilustrar los principios de distinción; los conceptos e interpretaciones que los sujetos construyen desde su cultura, a partir de diferencias que permitirán que el mundo tome forma configurando modelos de análisis actancial<sup>6</sup> para cada una de las unidades de análisis definidas (jóvenes, operadores y la intervención).

## Resultados

### *Los y las jóvenes*

Tres son los ejes identificados recurrentemente en los relatos de jóvenes que vivieron episodios de violencia autoinfligida: los recuerdos de infancia, las imágenes del cuerpo y el corte.

Los recuerdos de infancia se configuran fundamentalmente en torno a la vivencia y emoción del maltrato y el abandono<sup>7</sup>, en una oposición evidente a prácticas de buen trato y a la disposición emocional de intimidad, esa pegajosidad que Maturana (1985) identifica con el amor. Siguiendo a Barudy (1998), se trata de prácticas que derivan de la fenomenología de la violencia interpersonal, específicamente aquella que se produce al alero de la familia, provocando en los niños y niñas serias perturbaciones en el proceso

de impregnación entre los padres y sus crías<sup>8</sup>. A partir de ello, lo que la cría comienza a delinear es una carrera moral<sup>9</sup> que describe los procesos maltratadores a los que se ha enfrentado y los mecanismos por los cuales se ha adaptado a ella.

Estas prácticas de maltrato se ubican en el espectro amplio de lo físico y lo psicológico y remiten a la familia de origen y fundamentalmente a la figura de la madre, como referente fundamental. De este modo, el joven se enfrenta a una familia de origen que lo ha maltratado, expulsado y vulnerado desde su primera infancia generando dinámicas relacionales caracterizadas por la paradoja amor/desamor que generan emociones de rabia y tristeza que los inundan y no saben cómo canalizar. Sin embargo, es posible que también se encuentren con otros adultos dentro de la familia (los abuelos, la nana) o fuera de ella (educadores y profesores) que operen como figuras maternantes y/o pater-nantes competentes<sup>10</sup>. Unos y otros se constituyen en ayudantes y oponentes para conseguir la sanación. Es en este proceso que el joven desarrolla una identidad, marcada nuevamente por el abandono, el descuido, la desatención y la negligencia, pero anhelando una alteridad. Justamente por ello es que la figura de otros significativos puede ser tan relevante, en tanto a partir de esas figuras, logran encontrarse con otro modo de interacción que los abre a nuevas formas de vinculación, basadas en la aceptación, el apoyo y el apego seguro (Figura N° 1).

Coherente con lo anterior, las imágenes del cuerpo pueden remitir a aquellas estrategias que despliega el o la joven para vincularse con su propia corporal-

6 Consiste en estudiar las posiciones de los personajes en un texto, las funciones que desempeñan y aquello que los califica. En este sentido, el relato de búsqueda pretende indagar sobre un contenido no explorado, por medio del análisis de un sujeto que realiza acciones en función de la consecución de un objeto (valor o fin). Sujeto y objeto a la vez, tendrán como elementos complementarios a ayudantes y oponentes y remitentes y destinatarios, respectivamente, ellos en un marco de totalidad.

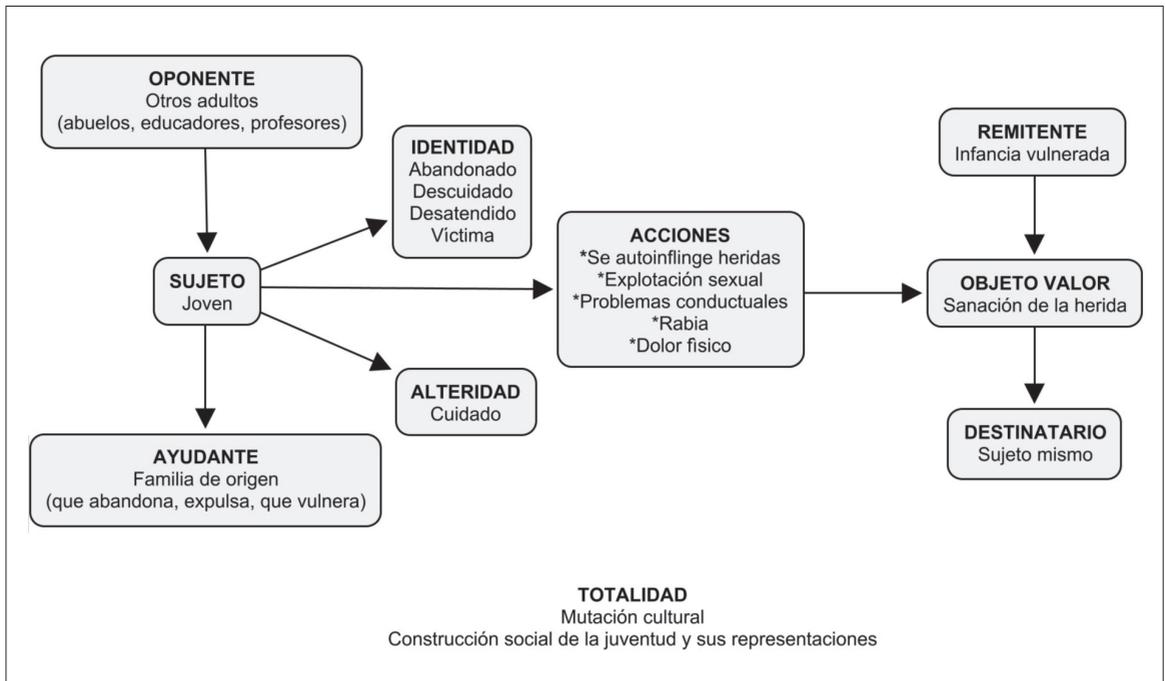
7 La historia de la infancia en sí misma, es un contenido de gran amplitud. La evolución de prácticas de crianza y la relación que establecen los padres con sus hijos pueden ser revisadas en extenso en la investigación de Lloyd deMause (1982) que pretendió redactar una historia de la infancia en Occidente. Similar esfuerzo realiza el historiador Buenaventura Delgado (2000), coincidiendo que los niños han sido los grandes olvidados de la historia.

8 Se utiliza el concepto de cría en el sentido utilizado por J. Barudy y que refiere al niño o niña que se está criando.

9 El concepto de carrera moral se extrae de los trabajos de E. Goffman (1963) y sus postulados sobre instituciones totales y, donde explica los procesos de despersonalización de los sujetos que viven en instituciones tales como hospitales psiquiátricos y otros.

10 Para profundizar en los aspectos de la parentalidad competencia y la resiliencia, revisar la literatura de Cyrulnik (2001, 2002, 2005), Barudy y Dartagnan (1998, 1999, 2005, 2006).

FIGURA N° 1  
RELATO DE BÚSQUEDA JOVEN



Fuente: elaboración propia.

dad. Ello se traduce en ocasiones con la disociación de la propia imagen del cuerpo. La corporalidad expresa cosas, pero distintas. Por ejemplo, la pintura en el cuerpo aparece como una forma de expresión, la ropa un mecanismo de protección frente a un medio social considerado amenazante o como una luz de alerta que permite otorgar visibilidad frente a la sensación de ser ignorado. Así, los cortes son la expresión más dramática de lo anterior y el mecanismo personal que han encontrado para autoinfligirse dolor, para sacarse el dolor. El dolor entonces ocupa un lugar en la vivencia de las víctimas en lo que se denomina memoria corporal (Jeddi, citado por Barudy; 1999). Esto remite a una idea muy interesante en términos de la vinculación que establece el joven con su cuerpo y que dice relación con que “esos dolores invisibles son probablemente parte de la sensación general que tiene el niño golpeado de odiar su cuerpo. A este respecto, “cuando todo el cuerpo está sometido al dolor, es de todo el cuerpo que el sujeto quisiera deshacerse. Él se coloca fuera de su cuerpo y se observa” (Barudy, 1999: 163).

El dolor genera el efecto paradójico de placer, sacando el dolor físicamente en vez de utilizar la vía emocional, aun cuando la sensación de alivio es transitoria. En el mismo sentido, la herida tiene una

doble dimensión: herida física (el corte) y la herida interna, derivada de las experiencias reseñadas anteriormente. Aun cuando los autores señalan que el objetivo de la autoagresión es aliviar la tensión emocional y se descarta la intención de muerte, propia de un acto suicida, si es posible que en algún momento se abra esa posibilidad. Los jóvenes en este sentido dan cuenta de aquello, pero siempre en el sentido de no vivir lo que han vivido.

Boehme y Nader (2003) definen dentro de la fenomenología de la automutilación distintos tipos de actos, entre los que se distinguen los actos automutilatorios de tipo catártico, aquellos con propósito terapéutico y la automutilación integrativa. Esta última refiere a aquellos actos como los descritos y relacionados con vivencias de extrema angustia y despersonalización, donde la conducta de autoagresión persigue la reintegración de sí mismo. Finalmente el camino que ha seguido es con el objetivo de alcanzar la **sanación**.

En esa línea, los y las jóvenes desarrollan distintos mecanismos adaptativos (carrera moral), generando en ellos aprendizajes que les permite adecuarse a las vivencias y consecuencias de las prácticas de rechazo y/o abuso. Estos mecanismos pueden variar desde la simbiosis dependencia de otros, conductas predatoras, sentimientos de inferioridad) hasta la

autodestrucción del yo y/o del otro (trastornos conductuales, sexualización traumática, anestesia)<sup>11</sup>.

*Los profesionales y técnicos*

Profesionales y técnicos del mundo de la intervención directa distinguen posiciones en la intervención frente al mismo fenómeno, con comprensiones y lecturas diversas de esa realidad. En este sentido, la idea de la intervención con jóvenes que se autoagreden abriría al menos cuatro nudos para estos operadores: 1) La posición del operador 2) Las motivaciones detrás de la autoagresión, 3) El momento de enfrentarse a una situación de autoagresión y 4) La intervención sobre la autoagresión.

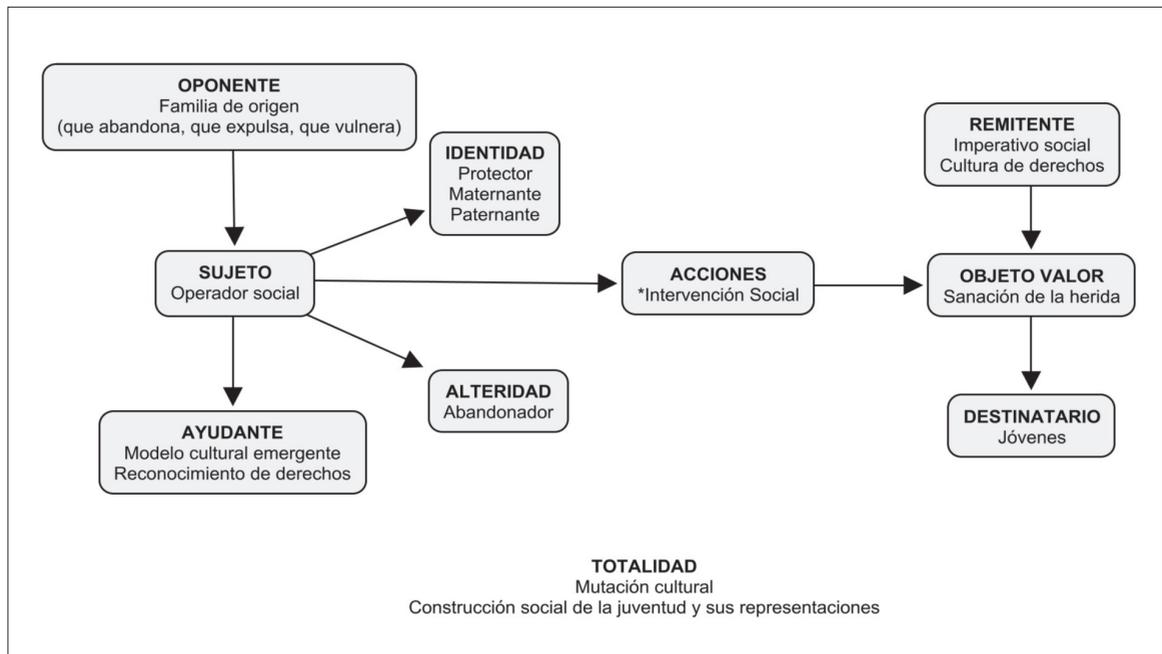
La posición de los distintos operadores da cuenta de un continuo para el abordaje del fenómeno que tiene acercamientos y características particulares. Siguiendo a Barudy (1998), ellos cumplen de alguna manera funciones maternantes (referidos a aquellos aspectos de protección hacia las crías) y paternantes (dirigidas a aspectos normativos y estructurantes) con los y las jóvenes, frente a la ausencia real o simbólica de los padres (Figura N° 2).

Dicha ausencia, como se ha revisado, ha generado expresiones descarnadas de dolor en la historia vi-

tal de los y las jóvenes. En este sentido, se distingue en el relato de técnicos y profesionales la imitación, es decir, que las conductas de autoagresión responderían de manera importante a mecanismos aprendidos de otros jóvenes. Un elemento interesante en este sentido se refiere a aquellos jóvenes que presentan grados variables de socialización callejera, donde la calle aparece como un medio donde es necesario sobrevivir y validarse frente a otros. Los cortes serían un mecanismo potente en este sentido, que alude a la valoración, legitimación y autoestima que otorgan determinadas conductas dentro del grupo. Miaus (rasguños) y gatos (cortes profundos) son valorados de manera distinta.

Enfrentarse al momento del corte, genera en los operadores cierta desesperanza. Inicialmente impacta la violencia del hecho, pero paulatinamente la capacidad de asombro abandona y la reacción se transforma en una rutina, fundamentalmente en aquellos técnicos y profesionales que se encuentran en una vinculación directa con los jóvenes (por ejemplo en instituciones de protección). Ello deriva también en una crítica a los profesionales de segunda línea, aquellos que no enfrentan el hecho

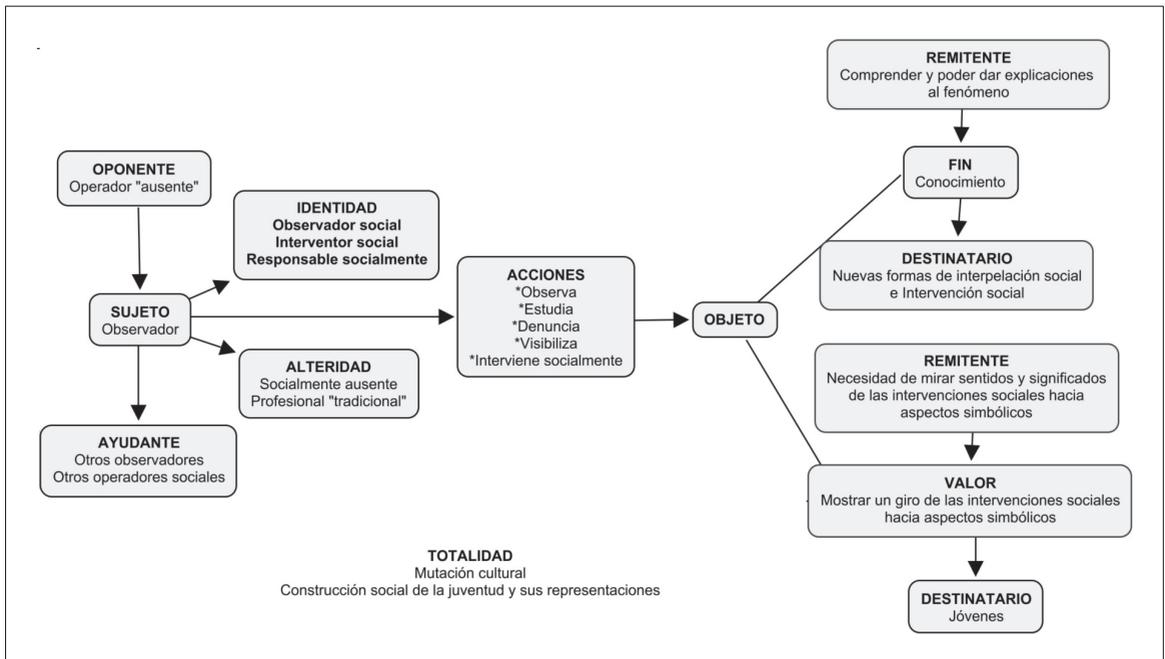
FIGURA N° 2  
RELATO DE BÚSQUEDA OPERADOR SOCIAL



Fuente: elaboración propia.

11 Para profundizar, revisar la propuesta ecosistémica del maltrato infantil planteada por J. Barudy (1999).

FIGURA N° 3  
RELATO DE BÚSQUEDA OBSERVADOR



Fuente: elaboración propia.

directamente, sino en un momento posterior, definido como distante.

*La intervención social*

El fenómeno de las autoagresiones existe, en tanto nos encontramos con un observador que lo distingue en sus características y lo nombra. En este sentido, el observador asume una doble identidad y persigue un doble objeto. Respecto del rol, al observador no le basta simplemente con la observación del fenómeno de su interés sino que busca que esa observación sea materia prima de su propia intervención social rescatando la experiencia de otros (los mismos jóvenes y los operadores). Del mismo modo, el objeto que persigue sigue la senda de su rol, en el sentido que el fin de conocimiento va acompañado del valor del giro simbólico de la intervención. En otras palabras, en su búsqueda del sujeto observador traza nuevas cartografías que hacen emerger preguntas relevantes para el conocimiento, y donde la ruta se traza en la medida que se abren nuevas conceptualizaciones que llenan de sentido el fenómeno (Figura N° 3).

La observación como primer modo interpretativo desarrolla la capacidad de ver, en una actitud de vigilancia permanente sobre las propias representaciones, las representaciones de los otros generando un dominio de consenso entre ambas por medio del lenguaje. No se trata solamente de percepcio-

nes, sino de trabajar las percepciones (De Tezanos, 1998, p. 89-90).

En la primera línea de la intervención, la experiencia del observador en el trabajo directo con jóvenes señala que no es fácil el abordaje neutral cuando estamos frente a uno o una que se está autoagrediendo. Habitualmente la antesala de la autoagresión es el absoluto descontrol emocional y la total incapacidad de verbalizar lo que se siente. No se escuchan razones ni argumentos. Es difícil ser canalizador de sus angustias.

El o la joven se corta en silencio, rara vez hace público el acto mismo, más bien se hace visible cuando aparece la herida. Sin embargo, pudiera haber otros que hacen del acto del corte un espectáculo para el resto. En este sentido, el trabajo interdisciplinario permite entender que será posible encontrar al menos tres tipos de personalidad asociadas a lo anterior: jóvenes con estructuras de personalidad de funcionamiento depresivo, que actúa desde la rabia y la culpa; jóvenes con estructuras de personalidad de tipo histriónico, que busca generar movimientos en torno a él o ella, llamar la atención y presenta conductas de tipo imitativo, y jóvenes con estructuras de personalidad de tipo perversa, que busca provocar al otro, pervertir los vínculos y la exhibición de la acción, llegando a acciones como por ejemplo escribir en las paredes con la sangre o sim-

plemente lamerla frente a los ojos de un otro<sup>12</sup>. Los primeros pudieran responder a jóvenes que se agraden en silencio, mientras que la tipología histriónica y perversa en orden creciente, buscan la atención de otros interlocutores.

Inicialmente al operador pudiera generarle rabia, “¿por qué así?” “¿por qué otra vez?”. Esa emoción puede ser en silencio también. Lo primero es tratar de contener al joven de modo de interrumpir la idea de automutilarse. Hay frases típicas que se preguntan, el para qué del acto, o afirmaciones que le indican al joven que con actos de esa naturaleza no resuelve nada. Pero también ocurre que parece necesario para el observador mostrarle la rabia al joven, mostrarle que en verdad no le importa, que el llamado de atención por esa vía, lejos de obtener atención, obtendrá indiferencia. En ese sentido, la reacción del observador es paradójica. Genera emociones polares y múltiples y, por tanto, también reacciones diversas.

Se observa en otros participantes reacciones diversas, desde la no-reacción de aquellos que se paralizan frente a la agresión, que no saben cómo reaccionar, porque el hecho genera miedo y se tiene la sensación de falta de herramientas para el manejo, hasta aquellos que asumen un rol activo en la contención. Dentro del sistema de protección donde hay otros jóvenes presentes, habitualmente son los pares los que asumen la primera posición activa, de alguna manera empatizando, entendiendo el trasfondo de la acción, reacción que incluye buscar apoyo en los adultos a cargo. En el espacio de consulta privada, ese primer colchón que ofrecen los pares habitualmente no existe, por lo que la acción de autocortarse se mantiene en la intimidad.

Se observa también la energía que se invierte en la contención. Cuando un joven se encuentra en el acto mismo de autoinferirse las heridas, la reacción primera es a olvidarse de uno mismo y de la eventual exposición al riesgo, a que salga uno agredido en el intento de controlar la autoagresión, que el impulso es a frenar la situación de crisis de manera inmediata. Lo anterior, eliminando de su alcance el objeto cortante y luego, contener el impulso incluso con la contención física. Ello lleva consigo un desgaste inmenso, tanto que luego de esa acción, la sensación de cansancio emocional, mental y física es tremenda. Probablemente la misma que siente él/ella una vez que logra calmarse y volver a su centro, a integrarse.

Ello ocurre a quienes les ha tocado experimentar el corte directamente. Para otros operadores es solo una realidad teórica, tal como lo referían técnicos y profesionales anteriormente. Es decir, están quienes vivencian el acto y la contención y quienes solo llegan al momento tardío en que el/los corte/s es/son parte de su historia de vida.

## Discusión

El análisis presentado es un ejercicio que muestra la importancia de los aspectos simbólicos del fenómeno de violencia autoinfligida en jóvenes, configurando una nueva cartografía frente a manifestaciones sociales que son cada vez más visibles a los ojos de nuestra sociedad. No se trata de algo nuevo (Doctors, 2007), sino la mutación de un fenómeno social que adquiere características particulares en la sociedad contemporánea.

En ese escenario, quedan en evidencia no solo las transformaciones sociales, sino también los lentes con los cuales los cambios son observados y los telones sobre los cuales se expresa. La conjunción de algunas de estas posibilidades muestra que los jóvenes han desarrollado una estrategia para enfrentar una experiencia abrumadora (Doctors, 1991, Mosquera, 2008), generado una forma de expresión que encierra las más crudas realidades vitales, marcadas por la profunda emoción del abandono y de la necesidad que otro ponga su atención sobre él o ella. Todas formas de violencia que los jóvenes hicieron suyas y en un intento de no reproducirla hacia otros, las plasmaron en ellos mismos frente a la imposibilidad de vías más sanas de contención de sus emociones (Pont, 2008) y como una forma que les ayuda a vivir mejor (Mosquera, 2008).

Lo vieron, les contaron, escucharon que otros lo hacían, se trató de un acto espontáneo que solo se les ocurrió, lo planificaron. Cualquiera sea el camino seguido, el acto de autolesión responde a un aprendizaje que se refuerza con el tiempo. Algunos ya dejaron de hacerlo porque dicen que encontraron otros mecanismos para decir lo que les pasaba. Otros se mantienen en esa lucha, porque aún creen que la herida del alma no sana. Son jóvenes que no han logrado recuperar la importancia de la palabra y del lenguaje como vehículos de construcción de sus mundos en interacción con otros. Puede que no encuentren las palabras para expresar aquello que los inunda emocionalmente, o bien, que el desborde y la intensidad de las emociones es tan grande

12 El DSM-IV identifica distintas motivaciones para la automutilación que dependerán del trastorno que se presente en la persona. Uno de los más comunes refiere al trastorno límite de la personalidad.

que es imposible manifestarla con palabras (Mosquera, 2008).

La acción de cortarse configura de alguna manera la identidad de los jóvenes. En este sentido, Zamorano y otros (2008) identifican que los jóvenes bajo ciertas circunstancias, particularmente la interacción lingüística con la familia, ubican el acto de cortarse con un sentido en su historia. No se debe olvidar que el acto de autoinflingirse heridas se constituye en parte de la conformación del sí-mismo en el joven, por lo tanto, en cómo se autodescribe y narra (Varela, 1991). Son jóvenes que han establecido, el lenguaje con ellos mismos, porque los otros aun no son capaces de develar el significado de esas palabras plasmadas en su cuerpo. Los otros somos todos. Padres, profesores, técnicos y profesionales que han sido impactados por la emergencia del fenómeno, pero sin entenderlo simbólicamente. He allí un primer desafío y aprendizaje: preguntar, buscar y bucear en esas aguas inexploradas.

Los jóvenes plantean que los adultos no tienen tiempo y no saben qué hacer con estas manifestaciones. Los operadores en tanto, dan cuenta de explicaciones válidas, pero que se quedan en la categoría, en el problema y en la propia interpretación del acto de cortarse. Ello restringe las posibilidades de abordaje y abandona al operador en mareas de incertidumbre, por lo que se recurre a lo que tradicionalmente la intervención dicta: la práctica. Sin embargo, se trata de una práctica vacía si no se complejiza con referentes epistemológicos, teóricos, contextuales y por cierto simbólicos. Lo anterior no es ajeno al quehacer desarrollado por los trabajadores sociales y más bien los interpela en el escenario contemporáneo.

Lo anterior deriva en la interrogante sobre la intervención y el momento en el cual esta se desencadena con el o la joven, entendiendo que una intervención será simbólicamente distinta si se inicia en el momento mismo de la autoagresión que si se inicia tiempo después. No hay ventajas para un momento u otro, incluso se corre el riesgo de quedarse solo en la contención física si la intervención se inicia en el momento de la conducta de autoagresión quedando la herida como dato sin que se profundice en los contenidos simbólicos asociados a él o, no abordar ese contenido si la intervención es posterior, deduciendo que el joven aún puede mantenerlo en silencio si no ha sido sorprendido en el acto o quienes le rodean no tienen conocimiento de

estas conductas. En este escenario la probabilidad de nunca abrir ese espacio es importante. Por tanto, lo simbólico de esas palabras en ambas situaciones aún queda reducido a la piel.

Por otro lado, la posición del observador interpela a la responsabilidad social en términos de visibilidad de este tipo de fenómenos y al oficio, a agudizar la búsqueda de mapas de navegación que permitan comprender y explicar los sucesos sociales que afectan a distintos sujetos. En este sentido, la sospecha y la tesis que las intervenciones sociales desarrolladas por los trabajadores sociales se constituían en mecanismos de reducción de la palabra se confirma –no sin sorpresa por su unanimidad– en las voces de jóvenes que relataron sus vivencias y construcciones de mundo más íntimas. Son los jóvenes quienes confirman en sus relatos que ninguna de las intervenciones en que han participado, cualquiera sea el operador que la haya guiado, se les ha preguntado por el significado que tiene el acto de autoinflingirse una herida y el lugar que ocupa esa acción en su historia de vida.

En este sentido, los trabajadores sociales debemos considerar que los fenómenos que se nos presentan en la intervención no son vanos. Cada uno de ellos posee un potencial simbólico en el cual es imperativo sumergirse. La violencia autoinfligida en jóvenes fue solo una excusa para mostrar aquello, dejando en evidencia que en este y otros fenómenos, encontramos rostros a quienes se les ha vedado un contexto de simbolización en términos de traducir en palabras lo que se vive internamente. La tarea del trabajador social entonces, será leer o descodificar aquellos símbolos desconocidos, sacarlos del contexto de patología y hacer emerger nuevas realidades, devolviéndole a esos sujetos la voz.

Esta reflexión es un inicio posible de un recorrido hacia contenidos inexplorados y, por tanto, un primer acercamiento desde Trabajo Social al fenómeno. Así, se constituye en la puerta de otros recorridos investigativos y requiere no solo al trabajo social, sino que desde la disciplina se muestra un faro para otros acercamientos a lo social. Desde allí, supone un aporte para enriquecer los procesos de intervención denominados clínicos, dominios tradicionalmente privativos de psicólogos y psiquiatras, aun cuando la observación y el análisis profundo de casos individuales remiten a los orígenes de nuestra profesión y sea parte del oficio cuyo foco son las personas<sup>13</sup>.

13 Evidencia de ello es una interesante lista de trabajadores sociales que han realizado sustantivos aportes a la práctica clínica del trabajo social y a la terapia familia como son Virginia Satir, Michael White, Lynn Hoffman, Geraldine Spark, entre otros.

Lo señala Ituarte (1992) que define el proceso psicoterapéutico desarrollado por los trabajadores sociales como aquella relación que permite la expresión de sentimientos y emociones y su comprensión y tratamiento por medio de la palabra.

Por ello, más allá de preguntarse si es campo o no donde se puede desenvolver el trabajo social, es preguntarse cómo enriquecer la práctica clínica en tanto formación básica sobre referentes conceptuales, procedimientos, estrategias y técnicas de intervención, evaluación de la persona y su entorno y la intervención social misma de modo de generar un quehacer que haga sentido a los sujetos al mismo tiempo que ayudarlos a transitar a sistemas relacionales que les provoquen menos dolor.

Lo anterior hace una tentadora invitación a abrir las fronteras de las profesiones rompiendo con las barreras de cada una de ellas, no diluyendo su espíritu fundador, pero si enriqueciéndose con los aprendizajes y saberes de las otras.

Es de esperar que la forma de mirar este particular mundo de significados permita romper con el silenciamiento que se ha reflejado en las intervenciones sociales desarrolladas históricamente y que quedan reflejadas en los y las jóvenes que abrieron y compartieron un pequeño espacio de su mundo simbólico en este trabajo

## Referencias

- ARIZONA ADOLESCENT HEALTH COALITION.** (2002). La automutilación. Recuperado el 28 de octubre de 2010 del sitio web de Arizona Adolescent Health Coalition: [http://www.azaahc.org/pdf/selfinjurySPA2\\_21\\_02.pdf](http://www.azaahc.org/pdf/selfinjurySPA2_21_02.pdf)
- AUTÈS, M.** (1999). *Les paradoxes du Travail Social* (2ª Ed.). París: Editions DUNOD.
- BARUDY, J.** (1998). *El dolor invisible de la infancia. Una lectura ecosistémica del maltrato infantil* (1ª ed.). Barcelona: Paidós Terapia Familiar.
- BARUDY, J.** (1999). *Maltrato infantil. Ecología social: prevención y reparación* (1ª ed.). Chile: Editorial Galdoc.
- BARUDY, J.** (2003). La terapia como espacio de reparación: condiciones, alcances y perspectivas. En: Seminario Clínico, Chile: Escuela de Psicología, Pontificia Universidad Católica de Chile.
- BOEHME, B., NADER, A.** (2003). Automutilación: ¿síntoma o síndrome? En: Boletín Sociedad de psiquiatría y neurología de la Infancia y adolescencia, año 14 – N° 1, Santiago de Chile, 32-37.
- BRIERE J., GIL, E.** (2010). Self-mutilation in clinical and general population samples: prevalence, correlates, and functions, *American Journal of Orthopsychiatry*, 68 (4), 609-620. DOI: 10.1037/h0080369.
- CANALES, M.** (1995). *Sociologías de la vida cotidiana, en Garretón y otros (comp.). Dimensiones actuales de la Sociología.* Chile: Bravo y Allende Editores.
- CANALES, M.** (Septiembre, 2002). *Habla y reflexividad. La posibilidad de las conversaciones.* Documento presentado en el Congreso de Reflexividad y Complejidad, Universidad de Antioquia: Colombia.
- CARBALLEDA, A.** (2002). *La intervención en lo social. Exclusión e integración en los nuevos escenarios sociales* (1ª ed.). Buenos Aires: Paidós.
- CORVALÁN, J.** (1997). Los paradigmas de lo social y las concepciones de intervención en la sociedad. En: *Estudios Sociales, Corporación de Promoción Universitaria (CPU)*, N° 92, trimestre 2, 9-60.
- DE TEZANOS A.** (1998). *Una etnografía, de la etnografía: aproximaciones metodológicas para la enseñanza del enfoque cualitativo-interpretativo para la investigación social* (1ª ed.). Santafé de Bogotá: Ediciones Antropos Ltda.
- DOCTORS, S.** (2007). Avances en la comprensión y tratamiento de la autolesión en la adolescencia. En: *Aperturas Psicoanalíticas. Revista internacional de psicoanálisis*, 27. Recuperado el 27 de noviembre de 2010 de <http://www.aperturas.org/articulos.php?id=0000060&a=Avances-en-la-comprension-y-tratamiento-de-la-autolesion-en-la->
- FABBRI, P.** (1998). *El giro semiótico. Las concepciones del signo a lo largo de su historia* (1ª ed.). Barcelona: Editorial Gedisa.
- FAVAZZA, A.** (1996). *Bodies under siege: self-mutilation and body modification in culture and Psychiatry* (2ª Ed.). United States: John Hopkins University Press.
- GALEANO, E.** (1994). *El libro de los abrazos* (9ª ed.). México: Siglo Veintiuno Editores.
- GREIMAS, A.** (1971). *Semántica estructural: investigación metodológica.* Madrid: Gredos.
- HABERMAS, J.** (1997). *Pensamiento postmetafísico.* Madrid: Editorial Tecnos.
- ITUARTE, A.** (1992). *Procedimiento y proceso en trabajo social clínico.* Madrid: Siglo XXI Editores.
- MARTINIC, S.** (1987). El otro punto de vista. La percepción de los participantes de la educación popular. En: Documento de Trabajo, CIDE, N° 31.
- MASCAREÑO, A., s.f.** *Regulación e intervención social, documento sin publicar.*
- MATURANA, H., VARELA, F.** (1992). *El árbol del conocimiento. Las bases biológicas del entendimiento humano* (8ª ed.). Chile: Editorial Universitaria.
- MATURANA, H.** (1995). *Desde la biología a la psicología* (2ª ed.). Chile: Editorial Antártica.

- MERLEAU-PONTY, M.** (1985). Fenomenología de la percepción. Barcelona: Península.
- MATUS, T.**, (2003). La intervención social como gramática. En: Revista de Trabajo Social, Escuela de Trabajo Social, Pontificia Universidad Católica de Chile, N° 71, 55-71.
- MOSQUERA, D.** (2008). La autolesión: el lenguaje del dolor (1ª ed.). Ediciones Pléyades.
- ORGANIZACIÓN PANAMERICANA DE LA SALUD, OFICINA REGIONAL PARA LAS AMÉRICAS DE LA ORGANIZACIÓN MUNDIAL DE LA SALUD.** (2002). Informe mundial sobre la violencia y la salud. Washington, D.C.
- PRATT, HD.** (1999). Interpersonal violence, aggression and antisocial behaviors in the adolescents, *Indian J Pediatric*, 66(4): 589-602. DOI: 10.1007/BF02727177.
- PONT, T.** (2008). *Profiling el acto criminal* (ed.) Barcelona: Ediciones UOC.
- RICOEUR, P.** (2004). Freud: una interpretación de la cultura (11ª ed.). México: Siglo XXI Editores.
- ROVIRA, C., DORNELL, T.** (1994). El imaginario social del colectivo profesional. En: Revista de Trabajo Social, Escuela de Trabajo Social, Pontificia Universidad Católica de Chile, N° 64, 41-45.
- SÁNCHEZ VIDAL, A.** (1999). Ética de la intervención social. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica.
- SELF-INJURY** (s.f). En: The ASAP Dictionary of Anxiety and Panic Disorders. Recuperado el 28 de octubre de 2010, de <http://anxiety-panic.com/dictionary/en-dicts.htm>.
- VARELA, F.** (1991). El Organismo, una trama de identidades sin centro En Varela, F, *El fenómeno de la vida* (1ª ed., p. 77-115). Santiago de Chile: Dolmen Ediciones.
- ZAMORANO, C., SOTTA M., NAVARRO, C.** (2008). Adolescentes que se autoinfligen heridas. Una perspectiva explicativa. De familias y terapias, vol. 25, N° 16, 107-123.



PONTIFICIA  
UNIVERSIDAD  
CATÓLICA  
DE CHILE